

# Las armas químicas y bacteriológicas

Danilo TRELLES  
(segunda de tres partes)

21 febrero

Puede adjudicarse a un general japonés Cyro Ichio, el triste papel de haber sido el creador de la guerra bacteriológica.— Sus experiencias se habían desarrollado en China, durante la guerra de invasión y las plantas estaban instaladas al sur de Manchuria, donde 3 mil científicos japoneses se entregaron a la tarea criminal de producir agentes bacteriológicos para transmitir: Antrax, tétanos, peste bubónica, tuberculosis, y otras epidemias.

La producción de la planta era de 8 toneladas de gérmenes al mes y las experiencias más importantes se centralizaron en la producción de la bomba de antrax. Su cobertura era de porcelana y en el interior se encontraba el detonador, el explosivo de pólvora, y alrededor los agentes infecciosos. Cerca de 250 bombas fueron puestas a disposición de los bombarderos japoneses, después de comprobar su eficacia haciéndolas estallar sobre prisioneros chinos. Era el año 1940, a comienzos de la Segunda Guerra Mundial.

El cuerpo 731, creado por el general Ichio, no se dedicó solamente a fabricar bombas bacteriológicas, sino que además abarcó toda clase de experiencias con armas químicas. Parte de esas experiencias fueron conocidas muchos años después a través de una película "cicatriz" realizada en 1976 por Yoshimara Aruko, que fue difundida por la televisión de su país.

La marcha de la guerra obligó al creador del cuerpo 731 a destruir todas las huellas de sus trabajos. El campo de pruebas fue reducido a cenizas junto a todos los prisioneros que se habían utilizado como cobayos. Finalmente volaron todas las instalaciones con dinamita, pero la bomba de antrax fue llevada secretamente a Japón.

Al terminar la guerra los norteamericanos localizaron a Ichio y lo salvaron de que fuera ejecutado. Agentes del ejército norteamericano de ocupación encontraron luego a todos los científicos que habían participado en la operación 731 y les garantizaron la inmunidad por crímenes de guerra, a cambio de proporcionar toda la información científica y todas las investigaciones que se habían realizado, al centro que se había creado en Fort Detrick, en el estado de Maryland. Este centro que había sido un viejo aeródromo militar hasta 1943, se potenció con la llegada de los científicos japoneses transformándose en el principal instituto de investigaciones biológicas de Estados Unidos.

Ya en plena guerra mundial y en este lugar, los norteamericanos investigaban en armamento biológico en colaboración con los británicos. Otros tra-

bajaban ya en la producción de la bomba de antrax, que comenzó a desarrollarse con la llegada de los científicos japoneses.

El santuario secreto del armamento biológico británico es Port Down, situado en las cercanías de Londres, pero las experiencias se realizan en la isla de Greenart, al norte de Escocia. En toda la isla existen avisos, que se conservarán durante un siglo, previniendo acerca de la peligrosidad de esos lugares.

La bomba de antrax, desarrollada en el más riguroso secreto por los norteamericanos y británicos, fue producida en serie por orden de Churchill, quien disponía en 1944 de medio millón de unidades. El plan era utilizarlas contra Alemania, pero el final de la guerra evitó que esto sucediera. Aún hoy los detalles de esa operación son materia reservada y según los británicos lo serán hasta el fin del siglo.

La bacteria del antrax es prácticamente indestructible. Permanece viva durante años a la espera de infectar a cualquier organismo vivo. Transmite la enfermedad por vía cutánea o por ingestión de alimentos. La infección pulmonar es la más grave y causa la muerte en dos días, sin que existan remedios para combatirla.

La guerra de Corea significó un triste espaldarazo para el armamento biológico y los norteamericanos fueron acusados de haberla introducido allí. La acusación se basaba en testimonios de oficiales del ejército del aire de los Estados Unidos, que luego fueron confirmados por diversos organismos internacionales. Además pilotos capturados por los norcoreanos, confesaron haber arrojado diversos tipos de bombas, entre ellas las de antrax.

Frente a la reacción que provocaron estas denuncias ante la opinión pública internacional, en 1969 el presidente Nixon decidió detener la fabricación de armamentos biológicos y la destrucción de los arsenales existentes. Se dieron así los primeros pasos para la firma del tratado de prohibición de las armas biológicas, firmado en noviembre de 1972 en Washington, Londres y Moscú. El acuerdo limita la producción de armas biológicas ofensivas y deja la puerta abierta a las defensivas. Pero, cuando se trata de este tipo de investigaciones es casi imposible distinguir el fin en sí. Esta ambivalencia permite la continuación de los trabajos, bajo la cobertura de que se trata de armas defensivas.

Con la intención de proseguir estas investigaciones, los Estados Unidos organizaron un nuevo centro en Duwgay (Utah). A partir de ahora el tratado permitirá disfrazar de cara a la opinión pública los nuevos trabajos. Nada ha cambiado, el secreto continúa.